

EL REFORMISMO SOCIALDEMOCRATA DE JOHN STRACHEY*

Arturo GUILLÉN**

RESUMEN: Con el fin de hacer frente a un posible ascenso de la lucha revolucionaria, la socialdemocracia internacional intenta ganar terreno en América Latina. El autor hace una evaluación crítica de las teorías de John Strachey, miembro prominente del partido laborista inglés, acerca del capitalismo contemporáneo y el imperialismo y cuyas posiciones forman parte importante del arsenal ideológico de la socialdemocracia y están presentes también en varios estados capitalistas desarrollados y subdesarrollados.

“Es muy posible que alguien convencido de la victoria final del socialismo, se ponga en cambio al servicio de la lucha contra el mismo. El conocimiento de las leyes del devenir de la sociedad que da el marxismo garantiza siempre una superioridad al que lo hace suyo, y los más peligrosos, entre los adversarios del socialismo, son seguramente los que han saboreado mejor el fruto de su conocimiento”.

RUDOLF HILFERDING¹

* Versión ampliada y corregida de la conferencia sustentada el 29 de septiembre de 1976 en el ciclo de “Teorías Contemporáneas del Capitalismo”, organizado por el Seminario de Planificación y Desarrollo de la Facultad de Economía de la UNAM. Mi reconocimiento a los compañeros Fernando Rosa, Clara Aranda y Gregorio Vidal por los comentarios hechos al presente texto.

** Investigador del IEC-UNAM, profesor de la Facultad de Economía.

¹ Rudolf Hilferding. Prólogo. *El capital financiero*. México, ediciones El Caballito, 1973.

Marxista en su juventud, ministro de Guerra del gobierno inglés en la posguerra, John Strachey es autor de una vasta obra que el presente trabajo no pretende analizar exhaustivamente. Sus fines son más modestos. Se trata de evaluar críticamente sólo dos de las obras más importantes de su periodo «revisionista»: *El capitalismo contemporáneo* (1956) y *El fin del imperio* (1959).² Ambas constituyen una unidad y representan su visión de conjunto de la fase imperialista del capitalismo. Por su importancia, abordaré sus ideas sobre los siguientes aspectos:

- 1) Los cambios en el funcionamiento de las leyes del capitalismo en la fase actual.
- 2) La pauperización del proletariado, bajo el capitalismo.
- 3) La inestabilidad del sistema y su tendencia a las crisis generales de sobreproducción.
- 4) El imperialismo y el problema colonial; y
- 5) El carácter del estado capitalista y la transición al socialismo.

Strachey y la «Internacional Reformista».

A primera vista podría parecer que el examen de los trabajos de John Strachey acerca de las teorías contemporáneas del capitalismo, tienen un interés secundario. Pero resulta todo lo contrario. La evolución de su obra reviste gran importancia teórica y política ya que sus planteamientos han influido poderosamente en los partidos socialdemócratas de la «Internacional Socialista» que agrupa a toda una gama que va desde el Partido Socialista de François Mitterrand de Francia, hasta el partido gobernante de Israel, bastión ideológico del imperialismo norteamericano.

² Algunas de las obras de Strachey son: *La amenaza del fascismo*. Madrid, 1934. *The coming struggle for power*. London, Gollancz, 1936. *Teoría y práctica del socialismo*. México, UNA, 1937. *What are we to do*. New York, Random House, 1940. *El gran despertar; del imperialismo a la libertad*. Buenos Aires, Asoc. Argentina por la Libertad, 1963. *The challenge of democracy*, London Encounter, 1965. *¿A dónde va el capitalismo?* Vilassar de Mar, España, Eds. de Occidente, 1965. *Naturaleza de las crisis*, México, Ediciones El Caballito, 1973.

Algunos de los pocos trabajos en los que se evalúa críticamente el pensamiento de Strachey son: Alonso Aguilar. *Economía política y lucha social*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1973. Karataev y Ryndina. *Doctrinas económicas*, t. 2. Editorial Grijalbo, México, 1964.

Lejos de ser un cadáver político, la socialdemocracia es una fuerza política real y actuante al servicio de la burguesía, que controla o participa en los gobiernos de varios países capitalistas importantes (Alemania Federal, Austria, Portugal, Israel, entre otros), además de mantener una considerable influencia orgánica e ideológica en el seno del proletariado. Últimamente la socialdemocracia ha demostrado un creciente interés por extender su radio de acción de su tradicional ámbito europeo a América Latina. En mayo de 1976, se celebraron en México y Caracas sendas reuniones de la Internacional Socialista (o más apropiadamente, la Internacional Reformista), en las que aparte de asistir sus líderes más connotados: Willy Brandt de Alemania Federal, Olof Palme de Suecia, Mario Soares de Portugal, Bruno Kreisky de Austria, etcétera, también participaron los entonces presidentes de México y Venezuela, Echeverría y Pérez; los representantes de los partidos burgueses latinoamericanos: el PRI de México, Acción Democrática de Venezuela, Partido Libertal de Colombia, Partido Radical de Chile y Partido de Liberación Nacional de Costa Rica. Este interés fue refrendado con la visita al gobierno de México y a la sede del PRI del líder socialista francés François Mitterrand.

El carácter burgués de la socialdemocracia no es algo nuevo. Como Lenin señala, el surgimiento del oportunismo en el seno de las organizaciones obreras, su aburguesamiento y la traición de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional son fenómenos estrechamente vinculados al nacimiento y desarrollo del imperialismo:

En nuestro siglo no se puede prescindir de las masas; pero en la época de la imprenta y del parlamentarismo *no es posible* llevar tras de sí a las masas sin un sistema, ampliamente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente organizado de adulaciones, de mentiras, de trapicheos, de prestidigitación con palabrejas populares y de moda, de promesas a diestra y siniestra de toda clase de reformas y beneficios para los obreros, con tal de que renuncien a la lucha revolucionaria por derribar a la burguesía.³

En ese sistema “sólidamente organizado de adulación y mentiras”, la socialdemocracia ha jugado un papel central. Bujarin uno de los principales teóricos bolcheviques la consideraba como uno de los aparatos ideológicos del estado burgués en la fase imperialista. Según él:

³ V. I. Lenin. “El imperialismo y la escisión del socialismo”, en *El imperialismo y los imperialistas*. Ed. Progreso. Moscú, p. 119.

La traición de los partidos socialistas se expresó directamente en su paso al servicio del estado burgués, en su verdadera estatización por este estado *imperialista*, en su transformación en «secciones obreras» de la máquina militar. La *estatización de estas organizaciones* tuvo como equivalente ideológico la peculiar estatización burguesa de la mentalidad proletaria.⁴

La socialdemocracia contemporánea no sólo constituye —como en los tiempos de la II Internacional de Bernstein y Kautsky con la que rompieron Lenin, Rosa Luxemburgo, Liebnicht y otros líderes del marxismo revolucionario— una alternativa reformista de la burguesía para hacer frente al ascenso del movimiento revolucionario mundial; es un verdadero aparato estatal, sólidamente ramificado, que juega un rol de primera importancia en la reproducción de la ideología burguesa en el seno del proletariado.

Por la influencia que tiene en los sectores más rezagados de los trabajadores desde el punto de vista de la forja de una conciencia proletaria, la lucha a fondo contra las posiciones de los partidos y líderes socialdemócratas es una tarea que los marxistas y las organizaciones revolucionarias deben realizar sin demora. Tan importante como la lucha teórica ideológica en contra de las posiciones burguesas más abiertas y reaccionarias es la desmistificación de los cánticos dulzones de los «liberales» socialdemócratas.

La «última etapa» . . . de la socialdemocracia

Como la mayoría de los pensadores revisionistas que emigran del marxismo para servir a los intereses de la burguesía, Strachey tiende al eclecticismo y trata a toda costa de combinar y equilibrar su abierto y evidente anticomunismo con la presunción de seguir siendo marxista.⁵

⁴ Nicolai Bujarin, *Teoría económica del periodo de transición*. Córdoba, 1972, Cuadernos de Pasado y Presente Núm. 29, p. 24.

⁵ El anticomunismo clarea por doquier en los trabajos de Strachey. Por ejemplo, no sólo califica de «débil» la política de «al borde de la guerra» de Foster Dulles, secretario de Estado del presidente norteamericano Eisenhower, sino que considera que a pesar de que el imperialismo capitalista está desapareciendo, «el mundo desarrollado está dividido en los dos grupos hostiles del comunismo y del capitalismo; el mundo subdesarrollado se divide, ora por uno, ora por otro. Ni siquiera puede imaginarse nada más descabellado que el despojarnos de una defensa armada en un mundo como éste». *El fin del imperio*. México, 1962, Fondo de Cultura Económica, p. 258. En *El capitalismo contemporáneo* compara el fascismo con el comunismo y señala que «ambos han con-

Conserva el materialismo histórico como método de análisis, reconoce la importancia de las aportaciones de Marx y Engels al trabajo científico, y en su crítica a los teóricos burgueses más trasnochados y reaccionarios, se ve en la necesidad de recurrir al marxismo.⁶

En el capítulo segundo de *El capitalismo contemporáneo*, sin duda alguna el capítulo más importante de esa obra, Strachey nos da la base sobre la cual giran todas sus argumentaciones en torno a su teoría de la última fase del capitalismo. De manera resumida, las principales tesis sostenidas en esa parte de la obra son las siguientes:

1. La competencia capitalista conduce a una economía controlada por «grandes y pocas unidades económicas». Tales unidades gigantescas son actualmente las instituciones económicas dominantes, aunque en alguna manera universales, de nuestro periodo.⁷
2. La dominación de las economías capitalistas por unas cuantas grandes empresas no sólo es un cambio de grado sino que afecta la naturaleza misma de la competencia, pues «los precios de ser los datos objetivos que se alteran automáticamente sin la intervención de ninguna voluntad humana, se convierten en objetos *que pueden ser alterados dentro de ciertos límites*, por las decisiones concientes de ciertos grupos de hombres [...] y en la medida que este poder (sobre los precios) existe permite a tales firmas *afectar el nivel de sus propias ganancias*».⁸
3. El alto grado de concentración ahonda el desarrollo desigual del sistema «en dos campos, primero respecto de las distintas actividades de cada país y, segundo, respecto de un país en relación con otros países».⁹

tenido un grado de compulsión mediante la violencia física, y todo lo que acompaña a esto, a manera de constricción mental, ante el cual el mundo todavía retrocede horrorizado». *El capitalismo contemporáneo*. Fondo de Cultura Económica, pp. 175-176.

⁶ Esta actitud de Strachey queda en evidencia, por ejemplo, en su crítica a Karl Popper y la «escuela antihistoricista». «Debo admitir —dice— que me aferro a la anticuada concepción, que el profesor Popper y sus partidarios tachan de «reaccionaria y mística» de que si se quiere cambiar y mejorar algo, no es una mala idea, ante todo, estudiar cómo se desarrolló y cuál es su significación presente y futura. En una palabra su historia». John Strachey. *El fin del imperio*. *Ob. cit.*, p. 390.

⁷ John Strachey. *El capitalismo*. . . *Ob. cit.*, p. 27.

⁸ *Ibid.* p. 35 y 36.

⁹ *Ibid.*, p. 37.

4. En la «última fase del capitalismo» se agravan los desequilibrios y el sistema se vuelve más inestable porque «una economía de grandes y pocas unidades tiende a perder el mecanismo autorregulador tosco pero eficaz, penoso pero efectivo en última instancia, de la etapa verdaderamente competitiva del capitalismo».¹⁰
5. Debido a ello, el estado debe intervenir en la economía, mantener la demanda total, evitar las tendencias inflacionarias, influir en la distribución de los recursos productivos y emprender, inclusive, la producción directa en diversas actividades económicas.
6. El «capitalismo contemporáneo» agudiza el proceso de separación de la propiedad y control de las empresas. «Nació la clase moderna con categoría de accionistas [...] Y este nuevo género de seres tuvo y tiene la característica distintiva de que poseen, pero no dirigen, la masa principal de la actividad económica del país. Otro nuevo género de hombres, el de los gerentes y directores, que dirigen pero no poseen, tuvo en consecuencia que nacer».¹¹
7. Los gerentes y directores de las grandes empresas ya no buscan obtener la máxima ganancia, porque «si hubieran intentado dirigir las empresas gigantescas de nuestros días de acuerdo con la tradición estricta de los capitalistas individuales, buscando, con unidad de intención, elevar al máximo sus utilidades, habrían desgarrado todo el tejido social en unos pocos años».¹²
8. «La economía se ha vuelto mucho más susceptible a la medición estadística y, por consiguiente, al control que antes (pues) todo lo mensurable, en cierta manera por lo menos, ha de llegar a ser controlable».¹³

Como puede verse, la argumentación de Strachey no deja de ser habilidosa pues contiene una serie de tesis correctas acerca del funcionamiento del capitalismo de nuestros días. Reconoce que los monopolios se han vuelto dominantes; acepta que el proceso de monopo-

¹⁰ *Ibid.*, p. 40.

¹¹ *Ibid.*, p. 42.

¹² *Ibid.*, p. 44.

¹³ *Ibid.*, p. 44.

lización es irreversible; aunque no profundiza ni siquiera mínimamente en la forma en que opera la ley del valor en la fase imperialista, advierte que el alto grado de concentración y centralización entraña no sólo cambios cuantitativos, sino cualitativos; y, finalmente, reconoce que se agravan los desequilibrios del sistema. Hasta aquí, ninguna objeción puede ponerse a su análisis. Pero como podrá verse, ya en este mismo capítulo desliza una serie de elementos *ideológicos*, que le permitirán, más adelante, hacer la apología del capitalismo monopolista de estado.

Al igual que J. K. Galbraith, Raymond Aron y otros representantes connotados del «neocapitalismo»,¹⁴ trata de convencernos de que los capitalistas dejan de controlar la marcha de las empresas y éstas quedan en manos de los directores y altos funcionarios —de la «tecnoestructura» en términos de Galbraith—, que se encuentran separados de la propiedad de los medios de producción y orientan a las empresas a fines distintos al de maximizar las ganancias.

Strachey olvida que la maximización de las ganancias no es sólo un fin *subjetivo* de los capitalistas que se altere porque los dueños del capital puedan dejar de controlar el proceso de producción, sino también y sobretodo, una necesidad *objetiva* del modo de producción capitalista. La competencia obliga a las empresas a reducir al mínimo sus costos de producción y elevar al máximo sus ingresos.

El capitalismo —decía Marx— sólo es respetable en cuanto personificación del capital. Como tal, comparte con el avaro el instinto absoluto de enriquecerse. Pero lo que en éste no es más que una manía individual, es en el capitalista el resultado del mecanismo social, del que él no es más que un resorte. Además el desarrollo de la producción capitalista convierte en ley de necesidad el incremento constante del capital invertido en una empresa industrial y la competencia impone a todo capitalista individual las leyes inmanentes del régimen capitalista de producción como leyes coercitivas impuestas desde fuera.¹⁵

Por otro lado, aunque el proceso de concentración y centralización del capital reclama una mayor división técnica del trabajo que hace

¹⁴ Para una crítica de las teorías del neocapitalismo véase: Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista*. México, Siglo Veintiuno Editores; Paul M. Sweezy. «Teorías sobre el neocapitalismo», en *El capitalismo moderno*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1973. Alonso Aguilar. «El capitalismo opulento de J. K. Galbraith», en *Problemas del Desarrollo*, Núm. 1 México, UNAM-IEC.

¹⁵ Carlos Marx. *El Capital*. Tomo I. México, 1959, p. 499.

que la oligarquía delegue ciertas funciones y responsabilidades en una serie de funcionarios (directores, asesores, técnicos de alto nivel, etcétera), está lejos de haber perdido el control sobre la marcha de los negocios. La mayoría de los grandes accionistas no sólo son presidentes o miembros de los consejos de administración de los conglomerados, sino que, en muchos casos, conservan la dirección general de los mismos.

La virginidad de clase de la «tecnestructura» está también muy lejos de la realidad. Los altos funcionarios de las empresas monopolistas son todos ellos burgueses porque son accionistas de las empresas que dirigen; son dueños de otros negocios de menor significación; cumplen su función directiva en nombre y con la representación de *Monsieur le capital* y, como controlan el proceso de trabajo, están en condiciones de apropiarse de una parte de la plusvalía creada por los trabajadores productivos, en forma de elevadísimos sueldos, comisiones, viáticos, gastos de representación, gratificaciones especiales, etcétera.

Igualmente controvertible resulta la idea de que todo lo que es mensurable es controlable. Si bien la concentración de la producción y el desarrollo de técnicas de medición estadística han coadyuvado a mejorar la programación en el seno de la empresa, la anarquía de la producción capitalista permanece y se exagera. Por lo demás, el uso en el interior de las empresas de mejores técnicas de programación y control se traduce en un mayor grado de explotación y enajenación de los trabajadores.

A pesar de la mayor información estadística y de la elaboración de programas generales de desarrollo de carácter indicativo, los capitalistas siguen tomando las decisiones fundamentales en forma aislada y en función de sus intereses particulares. Si la incertidumbre respecto a sus competidores disminuye aunque no desaparezca, siguen sin conocer en forma oportuna lo que sucede en otras ramas de la economía y el comportamiento de las variables macroeconómicas (producto, ingreso, inversión, etcétera).

Aunque la *ley del valor* se manifiesta de una manera distinta a la de la fase librecompetitiva, esta ley objetiva fundamental, independiente de la voluntad de los individuos, sigue rigiendo el intercambio de las mercancías. La controlabilidad de la economía no depende solamente de la existencia de sistemas estadísticos y contables, sino de la sustitución de la anarquía de las relaciones de producción capitalistas por el desarrollo planificado, bajo relaciones socialistas.

A diferencia de los revisionistas de comienzos de siglo que veían en los monopolios el camino hacia el suavizamiento de las contra-

dicciones objetivas del modo de producción capitalista, Strachey considera que aquéllos hacen más inestable el sistema. ¡Difícilmente podría decir otra cosa un «marxista» que vivió la gran depresión de 1929-1934! Pero al igual que ellos, alimenta la ilusión de una posible transformación del capitalismo.

La nueva etapa puede ser mucho peor que la antigua si no se la controla, solamente o no en interés de los monopolistas pero [...] puede superar a la antigua etapa, en estabilidad y equidad, si se le controla adecuadamente y en interés de la población en su conjunto.¹⁶

Como veremos más adelante, piensa que dicho «control» puede ser ejercido si a través de la lucha democrática, los partidos con base obrera logran establecer una redistribución del ingreso y una mayor participación del estado, las que además de favorecer a las masas curan al capitalismo de sus males graves. Y por último, como en el *Fin del imperio* romperá totalmente con la teoría leninista del imperialismo huye desde el principio por el tejado y se niega a llamar imperialismo a la nueva etapa del capitalismo porque

estos nombres a menudo han expresado mejor los deseos, los prejuicios y las pasiones de los que les han acuñado que el carácter de la cosa descrita.¹⁷

Así, prefiere llamarle «la última etapa del capitalismo» sin importarle en este caso si expresa o no «el carácter de la cosa descrita».

La «ley» de la integración absoluta al imperialismo

Con el fin de asegurar la lógica interna de su «teoría», Strachey se ve en la necesidad de tergiversar la teoría marxista. Según él, Marx plantea que conforme se desarrolla el capitalismo hay un embrocamiento absoluto de los trabajadores.

Marx enseñó —dice Strachey— no sólo que era imposible que los asalariados elevaran su estándar de vida bajo el capitalismo: fue más allá y anunció que su estándar debía declinar constantemente.¹⁸

¹⁶ John Strachey. *El capitalismo...* Ob. cit. p. 47.

¹⁷ *Ibid.*, p. 47.

¹⁸ *Ibid.*, p. 111.

Strachey considera que al convertir la pauperización en una ley irreversible, Marx sostiene una posición similar a la de Lasalle, quien creía que los salarios estaban sujetos a una ley de bronce y no podían aumentar en el marco del capitalismo. Los hechos —concluye— han demostrado que Marx se equivocó, porque los salarios reales de los trabajadores de los principales países capitalistas han aumentado en vez de disminuir.¹⁹

Para probar que Marx predijo el empobrecimiento absoluto de los trabajadores se vale de dos citas, la primera del *Manifiesto comunista* y la otra de *El capital*. En ellas, Marx afirma lo siguiente:

El trabajador moderno [...] en vez de elevarse con el progreso de la industria se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de existencia de su propia clase. Se convierte en pobre y la pobreza se desarrolla más rápidamente que la población y la riqueza.²⁰

Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación —afirma en *El capital*—, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación.²¹

Por principio de cuentas, Strachey recurre al viejo truco revisionista de sacar las citas de su contexto y omitir otras cuestiones cruciales del problema, con el avieso fin de que los lectores se dejen ganar por la *forma* de las oraciones y no por su *contenido*. En ambos casos, Marx y Engels no se refieren al nivel de los salarios. En la cita del *Manifiesto*, se refieren al ejército de reserva y su afirmación, por lo tanto, es totalmente válida. En *El capital*, Marx habla de que

¹⁹ Tiene razón Alonso Aguilar cuando observa que: "No deja de ser curioso que en vez de reconocerse que el proceso capitalista —es decir, la concentración de la producción y del capital, el tránsito hacia el capital monopolista, las crisis económicas, el nacimiento del socialismo, etcétera— se ha desarrollado en general conforme a las extraordinarias previsiones de Marx y en un sentido más amplio del socialismo científico, más de un economista se solaza en subrayar que en tal o cual aspecto concreto las previsiones marxistas han resultado falsas [...] Resulta muy sospechoso [...] que los críticos de Marx tengan que tergiversar a menudo lo dicho por éste para demostrar que son ellos los que tienen la razón. Y esto es, lamentablemente, lo que hace el señor Strachey". Alonso Aguilar M. *Economía política*. . . *Ob. cit.*, p. 159.

²⁰ Carlos Marx y Federico Engels. *Manifiesto comunista*. Citado en John Strachey. *Ibid.*, p. 111.

²¹ Carlos Marx. *El capital*. Citado en John Strachey. *Ibid.*, p. 111.

al desenvolverse el capitalismo, al acumularse el capital, se reproducen las relaciones sociales de producción; por un lado, un número relativamente menor de capitalistas y, por el otro, un número cada vez mayor de proletarios. ¡Nada más que eso! Marx nunca planteó una pauperización absoluta de los trabajadores ni consideró el valor de la fuerza de trabajo como una constante. Al igual que Ricardo, creía que éste contiene un elemento histórico, lo que hace que no esté por fuerza circunscrito al *mínimum* fisiológico. Al analizar el valor de la fuerza de trabajo, Marx señala:

[...] el *volumen de las llamadas necesidades naturales*, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un *producto histórico* que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país, y sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres. A diferencia de las otras mercancías, la valoración de la fuerza de trabajo encierra, pues, un elemento histórico moral.²²

Además, como lo demuestran las partes de su obra en las que aborda el proceso de acumulación de capital, siempre tuvo en mente la posibilidad de que, en condiciones de rápida acumulación, aumentarían los salarios reales del proletariado.

En *Trabajo asalariado y capital*, expone con toda claridad, la esencia de su teoría de la pauperización:

[...] al crecer el capital productivo, crece la demanda de trabajo y crece también, por tanto, el precio del trabajo, el salario [...]. Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y con el nivel de desarrollo de la sociedad en general.²³

También en *El capital* plantea ideas similares. En el capítulo XIII del tomo I, al analizar los efectos de la acumulación en la demanda de fuerza de trabajo, señala:

²² Carlos Marx. *El capital*, T. 1. *Ob. cit.*, p. 124.

²³ Carlos Marx. "Trabajo asalariado y capital", en *Obras escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 85.

Como bajo el estímulo del afán de enriquecerse, por ejemplo, al abrirse nuevos mercados, nuevas esferas de inversión de capitales a consecuencia del desarrollo de nuevas necesidades sociales, etcétera, la *escala* de la *acumulación* puede ampliarse repentinamente con sólo variar la distribución de la plusvalía o del producto en capital y renta, las necesidades de acumulación del capital pueden sobrepasar el incremento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, la demanda de obreros puede preponderar sobre la oferta, haciendo con ello subir los salarios.²⁴

Y concluye así:

Pero, así como el hecho de que algunos esclavos anduviesen mejor vestidos y mejor alimentados, de que disfrutasen de un trato mejor y de un peculio más abundante, no destruía el régimen de la esclavitud ni hacía desaparecer la explotación del esclavo, el que algunos obreros, individualmente, vivan mejor, no suprime tampoco la explotación del obrero asalariado. El hecho de que el trabajo suba de precio por efecto de la acumulación de capital, sólo quiere decir que el volumen y el peso de las cadenas de oro que el obrero asalariado se ha forjado ya para sí mismo, pueden tenerle sujeto sin mantenerse tan tirantes.²⁵

Como se ve no hay en Marx ninguna ley de bronce de los salarios. Acepta que históricamente puede aumentar el valor de la fuerza de trabajo y que en condiciones de rápida acumulación, propias de las fases de auge del ciclo económico, el precio de la fuerza de trabajo tiende a separarse de su valor, pero el crecimiento del ejército industrial de reserva, acompañante inseparable de la acumulación y resultado de la tendencia al aumento en la composición orgánica del capital, hace que el salario se mantenga siempre dentro de los límites que permiten a los capitalistas obtener una ganancia «remunerativa».²⁶

Sigue siendo válida la afirmación de Marx de que:

[...] el alza del precio del trabajo se mueve siempre dentro de los límites que no sólo dejan intangible las bases del sistema capi-

²⁴ Carlos Marx. *El capital*, Ob. cit., t. 1. p. 518.

²⁵ *Ibid.*, pp. 521-522.

²⁶ "La superpoblación relativa —afirma Marx— es, por tanto el fondo sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de límites que conviene en absoluto a la codicia y despotismo del capital". Carlos Marx, *Ibid.*, p. 541.

talista, sino que además garantizan su reproducción a una escala cada vez más alta. La ley de la acumulación capitalista, que se pretende mistificar convirtiéndola en una ley natural (se refiere a los economistas burgueses defensores de la teoría del fondo de trabajo AG), no expresa, por tanto, más que una cosa: que su naturaleza excluye toda reducción del grado de explotación del trabajo o toda alza de precio de éste que pueda hacer peligrar seriamente la reproducción constante del régimen capitalista y la reproducción del capital sobre una escala cada vez más alta.²⁷

Como se ve, Marx nunca supone que el salario tenga que ser cada vez más bajo, sino sólo que sea de una magnitud tal (baja o alta) que permita una tasa de plusvalía que posibilite una ganancia que el capitalista considere remunerativa. Lo que sí hay en Marx, es una teoría de la pauperización *relativa*. Aunque los salarios reales pueden incrementarse en determinados periodos, su ritmo de crecimiento, es por lo general, inferior al crecimiento de la plusvalía. En otras palabras, salarios reales ascendentes pueden implicar salarios relativos ($V / V + P$) descendentes o, lo que es lo mismo, dichos salarios significan un aumento en la tasa general de explotación.²⁸

La ley de la pauperización relativa que Strachey atribuye a marxistas posteriores a Marx —Lenin entre ellos— que trataron de enmendar los errores del «maestro», es también negada por él. Para probarlo, en lugar de la indagación teórica prefiere el camino más fácil pero también más engañoso de la comprobación estadística. Tomando principalmente como base los estudios de Jay y Colin Clark, Strachey llega a la conclusión de que la ley no ha operado, porque la participación de los salarios en el ingreso nacional en los principales países capitalistas se ha mantenido prácticamente estable a lo largo de un siglo (desde la mitad del siglo XIX hasta mediados del siglo actual).

²⁷ Carlos Marx, *Ibid.*, p. 524.

²⁸ "... ni el salario nominal, es decir la suma de dinero por la que el obrero se vende al capitalista, ni el salario real, o sea la cantidad de mercancías que puede comprar con ese dinero, agotan las relaciones que encierra el salario. El salario se halla determinado además y sobre todo, por su relación con la ganancia obtenida por el capital: es un salario relativo, proporcional. El salario real expresa el precio del trabajo en relación con el precio de las demás mercancías; el salario relativo acusa, por el contrario, la parte del nuevo valor creado por el trabajo, que percibe el trabajo directo, en proporción a la parte del valor que se incorpora al trabajo acumulado, es decir al capital". Carlos Marx. *Trabajo asalariado y capital*. Ob. cit., pp. 86-87.

Aparte de insuficiencias técnicas y metodológicas, las estadísticas del ingreso nacional son un instrumento inadecuado para demostrar la validez o invalidez de la teoría de la pauperización relativa, entre otras, por las siguientes razones:

- 1) Incluyen como salarios los sueldos de los altos directivos de las empresas monopolistas y del estado, los que lejos de estar regidos por las leyes que determinan el valor de la fuerza de trabajo son formas de distribución de la plusvalía.
- 2) Dejan de lado el hecho de que si bien la participación de los salarios permanece estable, conforme se desarrolla el capitalismo se agudiza la contradicción fundamental apropiación privada-producción social y el número de proletarios que perciben el mismo porcentaje es cada vez mayor mientras que el número de capitalistas que usufructúan la plusvalía es relativamente menor.
- 3) Ignoran que los salarios que reciben los trabajadores del comercio, la banca, la burocracia, los servicios, y en general, los sectores improductivos que se expanden enormemente en la fase imperialista, constituyen transferencias de plusvalía generada en el sector productivo de la economía en procesos de producción anteriores.
- 4) Con el fin, entre otros, de evadir impuestos, los conglomerados trasnacionales elevan artificialmente los precios de los instrumentos de producción y de los productos intermedios que intercambian con sus filiales y «desinflan» así, contablemente sus utilidades al trasladar una parte a los costos de producción. El mismo efecto tiene la política de las empresas de convertir en gastos de diverso tipo (gastos de representación, honorarios, etcétera), una parte significativa de las ganancias.

Por otro lado, el «marxista» Strachey omite totalmente el hecho de que independientemente de que el nivel de los salarios reales aumente o disminuya, el desarrollo del capitalismo ahonda enormemente la enajenación de los trabajadores. Quizás el señor Strachey no se dio cuenta de que unos párrafos atrás de la cita del Tomo I de *El capital* con la que pretende probar la "teoría marxista del empobrecimiento absoluto", Marx señala la correspondencia, en el marco del capitalismo, entre el crecimiento de la productividad y la enajena-

ción del trabajador, es decir, el proceso de divorcio de los productores directos y sus productos:

«Todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual; todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medio de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario, lo bajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso de trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente, corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja, le someten, durante la ejecución de su trabajo al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y a sus hijos bajo la rueda trituradora del capital. A medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorar la situación del obrero, *cualquiera que sea su retribución*, ya sea ésta alta o baja.»²⁹

En la fase imperialista, la necesidad que tienen los monopolios, como toda empresa capitalista, de «racionalizar» el proceso de trabajo para maximizar sus ganancias, hace que, bajo el impulso de la llamada revolución empresarial y de la revolución científico-técnica, se profundice como nunca la brecha entre el trabajo manual e intelectual y se acelere al máximo la división técnica del trabajo, convirtiendo a los obreros, y también a los trabajadores de oficina, en una pieza más dedicada a producir artículos útiles o inútiles (¡poco importa!), sin control alguno de los medios de producción y del proceso de producción en su conjunto.³⁰

Según Strachey, la tendencia a la pauperización ha sido contrarrestada por la acción defensiva de los sindicatos y la intervención económica permanente del estado en la vida económica. Así:

«El capitalismo posee, de hecho una tendencia innata a una desigualdad extrema y sin cesar creciente. . . Si el sistema se hubiera atendido al consejo de sus teóricos y se hubiera dejado que todo

²⁹ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit., p. 546-47.

³⁰ Un excelente análisis sobre los cambios ocurridos en el proceso de trabajo capitalista en la fase imperialista es el libro de Harry Braverman. *Trabajo y capital monopolista*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1975, 513 p.

llegara a donde pudiera, el destino hubiera sido esa catástrofe revolucionaria final que Marx previó... No se le alcanzó que otras fuerzas, en esencia políticas (¡La socialdemocracia alemana, al Partido laborista inglés y el sector "liberal" del Partido Demócrata Norteamericano! AG), surgirían en las sociedades capitalistas avanzadas y las equilibrarían, y al final, comenzarían inclusive a sobrepasar las tendencias inherentes del sistema.³¹

O lo que es lo mismo: el tránsito pacífico desde el sindicalismo burgués hasta el socialismo. Como buen apologista del capitalismo monopolista de estado considera que la participación directa del estado en la esfera de la producción y circulación de las mercancías, su función reguladora, la aplicación de una política fiscal supuestamente redistributiva y la lucha sindical por demandas económicas (salarios, mejores condiciones de vida y trabajo, etcétera) y por demandas políticas de contenido burgués como la participación obrera en los parlamentos burgueses por la participación misma, han permitido elevar a tal punto los salarios reales que los salarios relativos han permanecido inalterables.

Sin dejar de reconocer que en ciertos periodos y ciertos países los salarios reales han aumentado de manera notable, la ley de la pauperización relativa no ha dejado de actuar. En la fase monopolista del capitalismo, los aumentos de la productividad del trabajo en lugar de traducirse en una reducción de los precios de las mercancías, se materializan en ganancias crecientes, siendo incluso posible aumentar los salarios reales de los trabajadores.³² La ley de la tendencia creciente de los excedentes de Baran y Sweezy ha sido válida en un periodo bastante largo de la fase imperialista que quizás esté por terminar, y constituye la mejor prueba de carácter teórico de la certeza de la ley marxista de la pauperización relativa.³³

Por último, es necesario consignar que la imagen presentada por Strachey de un capitalismo capaz de elevar sustancialmente los salarios reales se ve oscurecida por los siguientes hechos:

1) A pesar del aumento de los salarios reales conseguido en los

³¹ John Strachey. El capitalismo... *ob. cit.*, p. 163.

³² Algunas ideas sobre la operación de la ley del valor de la fase imperialista pueden verse en el trabajo del autor en preparación. *Ley del valor e imperialismo*. Materiales de trabajo del Seminario de Teoría del Desarrollo, Núm. 7 IIEG-UNAM, 1977.

³³ Véase Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista*. *Ob. cit.*

países desarrollados, una franja importante del proletariado, sobretudo las llamadas minorías raciales (mexicanos, puertorriqueños, negros, en los Estados Unidos; árabes, portugueses, griegos y españoles en los países europeos), viven en condiciones de auténtica miseria.

- 2) En el marco de la crisis capitalista actual la que, en nuestra opinión, se trata de la crisis del capitalismo monopolista de estado,³⁴ los salarios reales han caído prácticamente, aunque de manera desigual, en todos los países capitalistas.³⁵
- 3) En los países mal llamados subdesarrollados, aparte de que ha habido periodos bastante amplios de empobrecimiento absoluto del proletariado, el valor de la fuerza de trabajo es sensiblemente más bajo que en las metrópolis imperialistas. Salvo un puequeño sector de trabajadores ubicados en las ramas y empresas más dinámicas y que reciben salarios relativamente más altos, el grueso de la población trabajadora del campo y de la ciudad reproducen su fuerza de trabajo en condiciones infrahumanas de alimentación, vestido, habitación, salud y educación.

El bajo valor de la fuerza de trabajo en la periferia del sistema capitalista es, en términos generales, el resultado de los obstáculos que históricamente han impedido un proceso de acumulación de capital similar al del capitalismo clásico. El lento e inestable ritmo de acumulación resta velocidad al proceso de destrucción de formas de producción no capitalistas, limita la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo y eleva enormemente el tamaño y altera la composición del ejército de reserva.³⁶

³⁴ "La crisis actual es propiamente la crisis del capitalismo monopolista de estado, una crisis de fase que muestra que la participación del estado capitalista en el proceso de acumulación de capital no sólo tropieza con serios obstáculos para enfrentar con éxito las contradicciones del modo de producción capitalista, sino que es, en buena medida, una de las causas, principales de los problemas actuales". "La crisis capitalista. Auges efímeros, depresión prolongada". *Revista Estrategia*, Núm. 13, México, p. 31.

³⁵ Durante la depresión 1974-75, por ejemplo, los salarios reales de los trabajadores norteamericanos descendieron 9%, *Ibid.*, p. 34.

³⁶ Sobre las trabas a la acumulación, véase del autor, *Obstáculos a la acumulación de capital en los países subdesarrollados*. *Revista Problemas del Desarrollo* Núm. 20, IIEG-UNAM, México, y Alonso Aguilar. "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital". *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*. Ed. Nuestro Tiempo. México, 1976.

La tergiversación por parte del señor Strachey de la teoría marxista y su negación de la ley de la pauperización relativa es, no cabe duda, la expresión de su integración absoluta a los intereses de la burguesía mundial y el imperialismo.

La vieja historia de un idílico capitalismo sin crisis

En la explicación de la tendencia del capitalismo a caer cíclicamente en crisis generales de sobreproducción y su incapacidad para asegurar la ocupación plena de la fuerza de trabajo y los medios de producción, Strachey nos repite el mismo cuento: si el sistema se deja a su propia lógica se volvería cada vez más inestable.

...la actividad económica —afirma—, tanto en los capitalismos de competencia como en los de la última etapa, si se abandonan a sí mismos, debe oscilar ampliamente, con todas las consecuencias sociales, políticas y humanas que tales amplias oscilaciones deben tener. Y esto es así, en el fondo, porque el engranaje principal de tales sociedades, la fuerza que mueve todas sus demás partes, son las decisiones de invertir de sus empresarios (industriales o colectivos). Bajo un capitalismo no modificado ese engranaje principal es impulsado por el motivo de la obtención de las ganancias.⁸⁷

Sin embargo, como ya sabemos, a juicio del señor Strachey el capitalismo se ha modificado y no conduce ya a crisis severas. En primer lugar, las grandes empresas oligopólicas acumulan más rápidamente que las empresas de la fase libre competitiva, porque más que buscar altas ganancias están interesadas en aumentar su radio de influencia y poder.

A mediados del siglo xx (sucede) un notable proceso en los principales capitalismos de la última etapa. Esto se debe en parte a que las decisiones fatales de invertir o no invertir ya no las toma la misma categoría de personas que las tomó en la etapa anterior, competidora, del capitalismo [...] En el capitalismo de la última etapa [...] todo esto ha cambiado [...] Los hombres que toman las decisiones fatales —invertir o no invertir [...] son actualmente, en primer lugar, los directores de los grandes oli-

gopolios y de las compañías públicas. Y como acabamos de señalar, deciden de acuerdo con una mezcla extremadamente compleja de motivos, de los que el deseo de elevar al máximo las ganancias es tan sólo uno entre muchos.⁸⁸

Strachey cree que otro factor importante que ha conducido a un capitalismo sin crisis, es el papel central que juega el estado en el proceso de acumulación de capital. La «presión democrática» de los trabajadores ha obligado al estado a llevar a la práctica una política de ocupación plena. Considera que aunque la propiedad privada no haya sido aún abolida, la participación del estado en la acumulación ha provocado un proceso de “socialización de la inversión” —similar al previsto por Keynes— y ha resuelto la crónica incapacidad del capitalismo para convertir en capital productivo la plusvalía producida. Según él, los estados capitalistas pueden estimular a través de sus gastos la demanda global o, en su caso, complementar la inversión privada con obras públicas o actuando directamente como empresarios.

Finalmente, considera que la lucha sindical de los trabajadores frente al capital ha permitido contrarrestar no sólo la pauperización del proletariado, sino también, vencer la tendencia innata del sistema al subconsumo y la sobreacumulación. En su opinión, Marx atribuía las crisis cíclicas de sobreproducción a la miseria de las masas y predijo que el capitalismo:

no sólo se derrumbaría por razón del rencor político de los trabajadores reducidos al nivel de subsistencia, o por debajo del mismo, sino también por razón de la némesis económica que la acumulación llevada hasta este extremo acarrearía sobre él. Ya que la masa asalariada de la población quedaría demasiado pobre para comprar los bienes de consumo cuya producción constituía el propósito último del siempre creciente surtido de nuevos medios de producción. . . [Sin embargo] llegamos a la paradójica conclusión de que, justamente, ha sido la lucha de las fuerzas democráticas contra el capitalismo la que ha salvado el sistema, no sólo logrando mejores condiciones de vida para los asalariados, sino también manteniendo abierto el mercado indispensable para el producto final, que la tendencia autodestructiva del capitalismo hacia una distribución cada vez más desigual del ingreso nacional habría de otra manera cerrado.⁸⁹

⁸⁸ *Ibid.*, p. 218-219.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 166 y 196.

⁸⁷ John Strachey, *El capitalismo... Ob. cit.*, p. 217.

El capitalismo de la última etapa, concluye Strachey, se ha transformado y vuelto más estable que el de la fase libre competitiva:

[...] nuestra sociedad contemporánea, considerada en su conjunto, puede demostrar que es un organismo más estable, controlado y dirigible que el capitalismo del *laissez faire* del siglo XIX. De cualquier modo, la experiencia reciente, aunque breve, nos da derecho a considerarlo posible.⁴⁰

Por principio de cuentas, es necesario señalar que el burdo intento del señor Strachey por convertir a Marx en un vulgar subconsumista sismondiano no es más que una más de sus tergiversaciones. Si bien es cierto que Marx señala repetidamente que el mantenimiento del consumo de las masas en un nivel compatible con la obtención de ganancias remunerativas para los capitalistas, es uno de los límites con los que tropieza el crecimiento de las fuerzas productivas, siempre rechazó las explicaciones de Sismondi y Rodbertus en el sentido de que las crisis estallan como consecuencia de un bajo consumo privado. En el tomo III de *El capital* señala con toda claridad:

Es una pura tautología el decir que las crisis se producen por falta de capacidad de pago del consumo [...]. El que las mercancías no puedan venderse, no significa otra cosa sino que no se encuentran compradores que puedan pagarlas [...] pero si se quiere dar a esta tautología un sentido más hondo diciendo que la clase obrera percibe una parte muy pequeña de su propio producto y que el mal se remedia tan pronto como perciba una parte mayor, es decir, que sus salarios aumenten, habrá que objetar a esto tan sólo que las crisis se preparan cada vez por un periodo en que el salario sube en general y la clase obrera [...] recibe una mayor participación en la parte del producto anual destinado al consumo.⁴¹

En la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Marx plantea también que el mercado puede crecer permaneciendo estable y aún decreciente el consumo del proletariado, a costa del consumo productivo y el consumo de lujo de los capitalistas.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 222.

⁴¹ Carlos Marx. *El capital. Op. cit.*, T. II, p. 312.

La masa de artículos que entra en el ingreso bruto (V + P) puede aumentar sin un aumento concomitante en la parte de esta masa destinada al capital variable. Esta última puede inclusive hacerse más pequeña. En este caso es más lo consumido como ingresos por los capitalistas, propietarios, sus dependientes, las clases, el estado, la clase de los intermediarios, etcétera.⁴²

En síntesis, no hay en Marx una teoría de las crisis basada en el subconsumo de las masas. La contradicción entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir es considerada por él en su sentido más amplio, es decir, tomando el consumo *final* y el consumo *productivo* en su conjunto. La contradicción producción-consumo es una contradicción importante, pero secundaria y determinada.⁴³ Si el problema del subconsumo no se restringe al consumo de los trabajadores, sino se extiende —y no puede ser de otra manera— al consumo de medios de producción y fuerza de trabajo, inmediatamente tienen que entrar en consideración elementos ligados al nivel de la tasa de ganancia. Para Marx, la contradicción fundamental de la acumulación capitalista es la ley de tendencia descendente de la tasa de ganancia. No deja de ser extraño que los teóricos subconsumistas siempre empeñados en ganar a Marx para su causa, dejen de lado esta tajante afirmación de los *Grundrisse*:

Es ésta (la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia) en todo respecto, la ley *más importante* de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más

⁴² Carlos Marx. "Historia crítica de las teorías de la plusvalía". Citado en Paul M. Sweezy. *Teoría del desarrollo capitalista*. Fondo de Cultura Económica, México, p. 312.

⁴³ "La producción —afirma Marx— es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción. Cada uno es inmediatamente su opuesto. Pero al mismo tiempo tiene lugar un movimiento mediador entre los dos. La producción es mediador del consumo, cuyos materiales crea y sin los cuales a éste le faltaría el objeto. Pero el consumo es también mediador de la producción, en cuanto crea para los productos el sujeto para el cual ellos son producto... El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad... se comprende que el intercambio y el consumo no pueden ser lo trascendente... Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y relaciones recíprocas determinadas, en determinados momentos". Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Tomo I, Siglo Veintiuno editores, México, 1972, p. 11 y 20. (Se agregaron cursivas).

dificultosas. Es desde el punto de vista histórico la ley *más importante*.⁴⁴

En cuanto a la afirmación de que "las decisiones fatales de invertir" ya no las toman los capitalistas sino los directores de los grandes consorcios y el objetivo principal, ya no es la maximización de las ganancias, hemos señalado arriba que la separación entre la propiedad y el control es solamente parte del proceso de la división técnica del trabajo, que no altera las motivaciones básicas del sistema. Aunque los directivos de las empresas monopolistas tengan presentes otros objetivos como el crecimiento a largo plazo de las empresas, dichos objetivos están relacionados y condicionados por el móvil fundamental del modo de producción capitalista: la obtención de la máxima ganancia.

Respecto al importante papel que en la fase del capitalismo monopolista de estado asume el estado en el proceso de acumulación de capital y, por tanto, en la reproducción de las relaciones sociales de producción, Strachey omite totalmente el hecho de que el auge de la posguerra se logró en gran medida al precio de la exacerbación de la irracionalidad del sistema mediante todo tipo de gastos improductivos, principalmente militares. Por otra parte, si bien el tránsito del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de estado permitió al sistema suavizar temporalmente las contradicciones objetivas del modo de producción, se ha convertido, finalmente, en una de las causas principales de la crisis actual que comienza a fines de la década de los sesenta. No sólo la contradicción fundamental de la acumulación —la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia— se ha manifestado de nuevo con todo vigor, sino que han surgido nuevas contradicciones antes desconocidas por el capitalismo, como la inflación *crónica*.

La época en que fue escrito el libro de Strachey era apropiada para que los defensores del capitalismo pudieran mostrarse optimistas sobre el desenvolvimiento futuro del sistema. Pero no es éste el caso de los tiempos actuales de crisis. Para las chácharas de Mr. Strachey acerca de un capitalismo sin crisis, sigue siendo válido lo que decía Marx refiriéndose a los economistas «vulgares» de su tiempo:

la repetición periódica de las crisis ha rebajado las necesidades de Say y otros al rango de una fraseología buena para ser usada en tiempos de prosperidad, pero inservible en épocas de crisis.⁴⁵

⁴⁴ Carlos Marx. *Ibid.* Tomo II, p. 281.

⁴⁴ Carlos Marx. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo II, Ediciones Venceremos. La Habana 1965. p. 31.

El imperialismo se evapora

El fin del imperio (1959) es la culminación del rompimiento de Strachey con el marxismo-leninismo. Su libro, que toma como base las tesis centrales de *El capitalismo contemporáneo*, tiene como objetivo demostrar que el capitalismo de nuestros días está dejando de ser y en algunos casos concretos, como Inglaterra, ha dejado ya de ser imperialista.

Todo parte de su propia definición de imperialismo. Vimos ya que en *El capitalismo contemporáneo* rechaza toda posibilidad de llamar imperialismo a la «última etapa del capitalismo».⁴⁶ El imperialismo existe en todas las épocas del desarrollo de la sociedad humana, expresa Strachey desde el prólogo:

...por imperialismo entiendo el proceso por el cual pueblos o naciones conquistan, someten y luego dominan permanentemente (ya sea *de jure* o *de facto*) a otros pueblos o naciones. Entiendo por imperio la situación que de esta manera se establece.⁴⁷

En la definición de Strachey, el imperialismo deja de ser la fase monopolista del capitalismo para convertirse en la política de dominación ejercida por un pueblo sobre otro. De esta forma, considera imperialista lo mismo a la Roma de la esclavitud que a las potencias coloniales del mercantilismo (España, Portugal, etcétera) o a lo que él llama «los imperios capitalistas plenamente desarrollados» de nuestros días. Incluso, habla de los imperios soviético y chino, dando así, los fundamentos de la «teoría» de los dos imperialismos, tan en boga en la verborrea «tercermundista» de nuestros días.

No se conforma solamente con despojar a la categoría imperialismo de su *especificidad histórica*, olvidando, como decía Bujarin, que «el imperialismo es una política de conquista, pero no toda política de conquista es imperialismo»,⁴⁸ sino que, en su explicación del «imperialismo moderno» se ve nuevamente impulsado a recurrir a su acostumbrado «método» de la tergiversación. Ahora su víctima es Lenin y el truco consiste en equiparlo con Hobson y en ignorar las diferencias radicales que existen entre el análisis importante y pre-

⁴⁶ Veáanse notas 16 y 17.

⁴⁷ John Strachey. *El fin del imperio*. *Op. cit.*, p. 7.

⁴⁸ Nicolás I. Bujarin. *El imperialismo y la economía mundial*. Cuadernos de Pasado y Presente, Núm. 21 Córdoba, 1971 p. 145.

cursor de éste pero insuficiente e incorrecto y el análisis *científico* de Lenin.

Hobson creía que el afán de las naciones capitalistas más desarrolladas por apoderarse del mundo obedecía a que el bajo nivel de consumo de las masas era una traba para la realización del producto en el mercado interior. Este obstáculo las impulsaba a la conquista de mercados exteriores y, por tanto, a la dominación imperialista de otros territorios.

Según Strachey, este enfoque del fenómeno imperialista es compartido por Lenin. Sin aportar ahora siquiera una cita, dice que

éste consideró que los capitalismo se habían vuelto imperialistas, esencialmente, en razón de su inherente incapacidad de colocar lucrativamente sus productos en el interior del país capitalista.⁴⁹

Strachey cree que esta situación ya no se presenta en la actualidad. Como el capitalismo se ha «transformado» y logrado elevar el nivel de vida de las masas, se está produciendo un proceso de «desimperialismo» que vuelve innecesario la posesión de colonias, ya que ahora el desarrollo del capitalismo puede descansar en el mercado interno. Si los «imperios capitalistas»

pueden modificarse, como algunos de ellos lo han hecho durante los últimos 25 años . . . entonces se tornan capaces de vivir y comerciar con gran éxito, con países a los que no intentan conquistar. La prueba de esto es que sociedades capitalistas altamente desarrolladas, como la de Inglaterra, en los últimos catorce años se han desprendido de lo que es, con mucho, la mayor parte de sus imperios, y al mismo tiempo han elevado realmente el nivel de vida de sus poblaciones en grado notable.⁵⁰

Así pues —concluye— el error de Lenin no fue el de haber inventado un dilema para el capitalismo que en realidad no existía. No cabe duda que había tal dilema. Lo que no supo ver es que había una salida, que no fuese el imperialismo, que consistía en la elevación adecuada y sostenida del consumo de las nueve décimas partes no capitalistas de la población. . . Lenin fue hijo de su tiempo. Su 'modelo' no era de ninguna manera irrealista, por lo que respecta a la Inglaterra de 1900-14, en la que vivió durante un tiempo y a la que estudió intensamente.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 118.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 389.

Por desgracia, generalizó el pasajero equilibrio de fuerzas sociales de la Inglaterra eduardiana hasta convertirlo en una ley rígida aplicable a todos los capitalismo modernos, de todos los tiempos y lugares.⁵¹

En síntesis, para Strachey el análisis de Lenin es válido solamente para el capitalismo de comienzos de siglo pero no para el actual. Sin quererlo ni buscarlo, los principales países capitalistas han encontrado, a través de la lucha democrática de las masas, la fórmula mágica con la cual contrarrestar la tendencia a la pauperización, resolver los problemas de subconsumo, volver ociosa la posesión de colonias y hacer desaparecer el imperialismo. Todo sería perfecto si no estuviera fundado en una mistificación de la teoría leninista y de la realidad misma.

La teoría del imperialismo de Lenin es todo, menos una teoría basada en el subconsumo de las masas. En ella, la exportación de capital y el reparto económico y territorial del mundo y, por tanto, el tránsito de la fase librecompetitiva a la fase imperialista, están determinados por el alto grado de concentración y centralización del capital alcanzado por el sistema capitalista.

. . .La transformación de la competencia en monopolios —afirma Lenin— constituye uno de los fenómenos más importantes —por no decir *el más importante*— de la economía del capitalismo de los últimos tiempos.⁵²

Los cinco rasgos fundamentales del imperialismo definidos por Lenin son fenómenos estrecha y dialécticamente vinculados. El fin del reparto territorial del mundo no se puede entender sin el reparto económico realizado por los monopolios; éste resulta del todo incomprendible si no se toma en cuenta la importancia que adquiere la exportación de capital en esta fase, y ésta, a su vez, requiere como prerequisite de un cierto grado de monopolización de la banca y la industria. Por lo tanto, el factor que determina en última instancia todo el proceso y va a producir modificaciones importantes en el funcionamiento de las leyes generales del modo de producción capitalista es la elevada concentración y centralización del capital y la sustitución de la libre competencia por el dominio de los monopolios.

Es cierto que en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, al

⁵¹ *Ibid.*, p. 133.

⁵² V. I. Lenin. "El imperialismo, fase superior del capitalismo". *Obras escogidas*, tomo 1, p. 700 (cursivas mías).

abordar el problema de la exportación de capital, Lenin incurre en el error de atribuirla, en una primera instancia, a la sobresaturación de capital. En efecto señala:

En el umbral del siglo xx asistimos a la formación de monopolios de otro género: primero, uniones monopolistas de capitales en todos los países de capitalismo desarrollado; segundo, situación monopolista de unos países ricos, en los cuales la acumulación de capital habría alcanzado proporciones gigantescas. Surgió un enorme exceso de capital en los países avanzados.⁵³

Sin embargo, a pesar de que coloca la sobresaturación de capital como elemento causal de la exportación de capital, en ningún momento atribuye ésta a la imposibilidad de realizar el producto por los bajos salarios de los trabajadores, sino a un conjunto de factores entre los que señala la necesidad de controlar las fuentes de materias primas y la existencia en el exterior de tasas de ganancias más altas, salarios más bajos y mayor cantidad de tierras ociosas.

La exportación de capital, aunque influida por las contradicciones de la acumulación capitalista y la necesidad de contrarrestarlas, no está determinada por ellas. La acumulación de capital, en cuanto reproducción ampliada, necesita expandirse constantemente y no puede, por tanto, restringirse a un marco local, regional o nacional. En su polémica con los populistas rusos, Lenin lo señala claramente y, de paso, rechaza categóricamente cualquier interpretación subconsumista del desarrollo del mercado exterior.

La necesidad de mercado exterior para un país capitalista no se halla determinada en modo alguno por las leyes que rigen la realización del producto social (y en particular de la plusvalía), sino en primer lugar por el hecho de que el capitalismo sólo aparece como resultado de una circulación de mercancías muy desarrollada, que rebase las fronteras del estado. Por eso no es posible concebir una nación capitalista sin comercio exterior, ni tal nación capitalista ha existido nunca.⁵⁴

La formación de un mercado mundial de mercancías y capitales no es, pues, una consecuencia de problemas de subconsumo ni de la

⁵³ V. I. Lenin. *El imperialismo fase...* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975, p. 77.

⁵⁴ V. I. Lenin. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, p. 52.

baja tendencial de la tasa de ganancia ni de cualquier otra explicación unilateral que se le quiera dar al problema, sino un rasgo de la producción capitalista, que se consolida en la fase imperialista. El surgimiento de empresas monopolistas hace posible su operación a escala internacional y, a diferencia de lo que piensa Strachey, intensifica la exportación de capital y la dominación imperialistas, en vez de eliminarlas.⁵⁵

Por otro lado, conviene señalar que Strachey deja totalmente de lado el hecho de que para hacer frente y «resolver» los problemas de realización —que insistimos, no se derivan de que los trabajadores reciban bajos salarios— el sistema más que recurrir a la elevación de los salarios reales o al mercado exterior, se ha basado en la exacerbación de toda clase de gastos improductivos, llevados a cabo por los monopolios y el estado (publicidad, gastos militares, etcétera).

Sin duda el punto más débil en la explicación de Strachey del fenómeno del imperialismo es el considerar como categorías equivalentes colonialismo e imperialismo. En su opinión, el imperialismo capitalista comenzó a desaparecer de la faz de la tierra con el proceso de descolonización que cobra vigor a partir de la segunda guerra mundial. Gracias a la elevación de los salarios reales de los trabajadores de los países imperialistas, la posesión de colonias deja de ser una necesidad del sistema, el imperialismo se evapora, y los imperialistas se convierten en dóciles corderos “capaces de vivir y comerciar, en gran éxito, con países a los que no intentan conquistar”.

Desde comienzos del siglo, Lenin y otros teóricos del imperialismo se dieron cuenta de que si bien el tránsito a la fase monopolista aceleraba enormemente las conquistas coloniales, la dominación imperialista se podía ejercer sobre países políticamente independientes. En el propio *Imperialismo, fase superior*, Lenin señala cómo la dependencia comercial y financiera se establece no sólo con las colonias, sino también en las semicolonias y en los países políticamente independientes, como los de América Latina; incluso, se refiere al caso extremo de Portugal que era a la vez potencia colonial y país dominado por Inglaterra.

Los países africanos y asiáticos que lograron su independencia política con la aprobación de sus antiguos amos coloniales son todos ellos países dependientes del imperialismo. La consolidación de los lazos de dependencia estructural entre las metrópolis imperialistas y

⁵⁵ Sobre los factores que impulsan a la exportación de capital, véase el interesante artículo de Harry Magdoff. “Imperialismo sin colonias”. *Revista Problemas del Desarrollo Núm. 7*. IIEC - UNAM, México, Abril-Junio de 1971. pp. 71-95.

el mundo subdesarrollado y el ascenso en éste de luchas de liberación nacional que en algunos casos han conducido a revoluciones socialistas triunfantes, han obligado a los países imperialistas a impulsar un proceso de descolonización, bajo su control y en su propio beneficio. El proceso de descolonización no significa el fin del imperialismo, sino sólo una remodelación de la política imperialista. ¡Se ha eliminado la dominación *de jure*, señor Strachey, pero permanece férreamente la dominación *de facto*! Para decirlo en palabras de Magdoff:

Sería erróneo afirmar que el imperialismo moderno hubiera sido posible sin el colonialismo. Y sin embargo, el fin del colonialismo no implica de ninguna manera, el fin del imperialismo. La explicación de esta aparente paradoja, es que el colonialismo, considerado como la aplicación directa de la fuerza militar y política era esencial para remodelar las instituciones sociales y económicas de muchas naciones dependientes en vista de las necesidades de los centros metropolitanos. Sin embargo, una vez alcanzada esta remodelación las fuerzas económicas —los precios internacionales, el mercado y los sistemas financieros— fueron suficientes para perpetuar e inclusive intensificar las relaciones de dominio y explotación entre la nación madre y la colonia. En estas circunstancias, a la colonia se le podía garantizar la independencia política formal sin cambios esenciales, y sin estorbar muy seriamente los intereses que habían llevado originalmente a la conquista de la colonia.⁵⁶

La teoría leninista del imperialismo sigue siendo válida para explicar el imperialismo actual. Independientemente de algunas insuficiencias parciales de su análisis y de los cambios ocurridos en el sistema imperialista desde la muerte de Lenin que sería un grave error menospreciar, los cinco rasgos fundamentales definidos por él siguen estando presentes: aunque bajo nuevas formas, continúa incontenible el avance del proceso de concentración y centralización del capital, el desarrollo del capital financiero y la exportación de capital; y se mantiene la lucha de los monopolios por repartirse el mercado internacional y de las potencias imperialistas por ampliar sus esferas de influencia.

La obsesión de Strachey por «demostrar» que el capitalismo puede contrarrestar permanentemente sus contradicciones y reformarse hasta convertirse en un sistema que beneficie a las masas y libere a los

⁵⁶ Harry Magdoff. *Ob. cit.*, p. 90.

pueblos subdesarrollados del mundo, no es más que una deformación de la realidad. Si bien el sistema ha logrado en algunos periodos «suavizar» sus contradicciones objetivas, el desarrollo del sistema, en cuanto agudiza la contradicción fundamental apropiación privada-producción social, expresión capitalista de la contradicción relaciones de producción-fuerzas productivas, agrava los problemas de la acumulación capitalista y deja al descubierto el carácter históricamente transitorio del capitalismo. El imperialismo no sólo es la fase superior, sino también la fase última del modo de producción capitalista. Decía Lenin en 1917:

En realidad el imperialismo no reforma, *ni puede reformar*, el capitalismo de abajo arriba. El imperialismo complica y exagera las contradicciones del capitalismo «mezcla» los monopolios con la libre competencia, *pero no puede eliminar* el intercambio, el mercado, la competencia, las crisis, etcétera.

El imperialismo es el capitalismo caducante, pero no caduco; moribundo pero no muerto. La peculiaridad más esencial del imperialismo en general no son los monopolios puros, sino los monopolios junto con el intercambio, el mercado, la competencia y las crisis.⁵⁷

El Estado y el dulce y pacífico tránsito al socialismo

Pocas cuestiones deslindan tan nítidamente las trincheras de la revolución y el reformismo como la del estado. La concepción de Strachey al respecto no deja dudas sobre cuál es la trinchera en la que presta sus servicios. Aunque acepta de mala gana la tesis marxista-leninista de que el estado capitalista es un instrumento de la burguesía, llega a la conclusión de que eso fue cierto hasta el momento en que el proletariado comenzó a conquistar el poder político en el seno mismo de las sociedades capitalistas desarrolladas.

...lo que nunca tomó en cuenta Marx —y menos todavía Lenin— fue la posibilidad de que los asalariados ejercieran una influencia y poder siempre crecientes a través de las instituciones democráticas... poder que representa cada vez más dominio so-

⁵⁷ V. I. Lenin. De los materiales sobre la revisión del programa del partido. *El imperialismo y los imperialistas. Op. cit.*, p. 133.

bre el estado. Si es posible semejante desplazamiento o transferencia de poder de una clase a otra, es evidente dentro de la propia definición de Marx —que el estado debe dejar de ser el instrumento exclusivo de la burguesía y empezar a transformarse primero en un instrumento que se disputan las clases rivales y, finalmente —cuando los asalariados consolidan su poder político, si es que lo consiguen—, es un instrumento propio de los asalariados.⁵⁸

En su opinión, este proceso de transferencia gradual y pacífica del poder se está dando en Inglaterra, pero también en Estados Unidos y otros países de Europa occidental; la influencia del proletariado inglés en el estado es tan acentuada que:

ya no corresponde a la realidad definir al estado como un instrumento exclusivo de la burguesía británica. Por supuesto, las influencias burguesas sobre el estado son aún poderosas, y en algunos casos particulares demuestran seguir siendo decisivas. Pero en otros ya no sucede así: actualmente puede observarse con mucha frecuencia que el estado británico en su política impositiva, en el control sobre la industria y en su política de gastos en servicios sociales actúa evidentemente a favor de los intereses de los asalariados y no de la burguesía.⁵⁹

En la «última etapa» del capitalismo, afirma, se produce una suerte de contradicción entre la «democracia» —que Strachey la entiende como “las genuinas elecciones libres, mediante el sufragio universal... [los] sindicatos y sociedades cooperativas cada vez más eficaces y también... la libertad de expresión, de reunión y el gobierno de las leyes”,⁶⁰— y la tendencia objetiva a la monopolización económica. La acción de la «democracia», conduce a la difusión del poder político y al traspaso gradual de éste a los trabajadores, mientras que el desarrollo de los oligopolios, por el contrario, centraliza el poder económico. La situación de los países desarrollados «democráticos», entonces, es una en la que el poder económico de la burguesía se encuentra separado del poder político o al menos no lo controla totalmente, porque la democracia se ha encargado de entregar al proletariado, carente de poder económico, parcelas crecientes de poder político.

⁵⁸ John Strachey. *El Capitalismo... Ob. cit.* p. 11.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 11.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 10.

Así, la alternativa futura del capitalismo es democracia o totalitarismo. Todo depende de qué fuerzas políticas pesan más: la de la burguesía o la de los trabajadores.

...el proceso es enormemente complejo y prolongado. No procede en forma sostenida y regular. Algunas veces la burguesía recupera algún terreno, y otros el proceso se acelera. Pero a través de la década, la transferencia progresiva del poder (a los asalariados) es, en mi opinión, un hecho inequívoco”.⁶¹

Aunque la lucha por la democracia representativa se enfrenta a la tenaz resistencia de los oligopolios, llevará lenta, gradual pero firmemente al socialismo, a un «socialismo democrático» diferente al “totalitarismo de los países comunistas”, que concilia la propiedad social con las libertades individuales.

no hay que dudar —concluye Strachey— que la democracia, si puede conservarse a sí misma, transformará de hecho el capitalismo de la última etapa hasta hacerlo desaparecer de la existencia.⁶²

En primer lugar, es necesario señalar que el tránsito del capitalismo de la fase de la libre competencia al imperialismo lejos de conducir a la democratización del poder político refuerza su carácter de clase. En el terreno de la estructura social, el proceso de concentración y centralización del capital significa el traslado del poder de la burguesía en su conjunto a la oligarquía financiera, su estrato dominante. En la fase imperialista se refuerza y se ensanchan enormemente los aparatos ideológicos y represivos del estado, debido principalmente a la agudización de la lucha de clases y las contradicciones del capitalismo; la exacerbación de las pugnas interimperialistas, la necesidad de mantener bajo su control a los pueblos subdesarrollados del mundo; y, a partir de 1917 con el triunfo de la revolución bolchevique, por la influencia decisiva que ejerce el surgimiento y desarrollo de la contradicción capitalismo-socialismo.⁶³ El desarrollo del imperialismo, la

⁶¹ *Ibid.*, p. 13.

⁶² *Ibid.*, p. 270.

⁶³ “...el imperialismo —decía Lenin—, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la ‘máquina del Estado’ un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la

conversión del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, la fusión de los monopolios privados y el estado en un *mecanismo único* y el rol decisivo que juega éste en el proceso de acumulación de capital, no significan que la oligarquía pierda el poder político. Por el contrario, el capitalismo monopolista de estado expresa la *necesidad* y la *capacidad* de la oligarquía de usar el aparato estatal para sus propios fines.

No hay, como piensa el señor Strachey, un proceso de separación del poder económico y del poder político ni éste está pasando a manos de los trabajadores. El que los estados capitalistas, impelidos por la lucha de clases y por el mejoramiento en los niveles de vida de los trabajadores de los países socialistas, lleven a cabo un conjunto de medidas que benefician a las masas no modifica en lo más mínimo su carácter burgués. Con el fin de asegurar su dominación política y reproducir las relaciones sociales de explotación asalariada, legitimarse ante todas las clases de la sociedad y *aparecer* como un poder neutro situado por encima de ellas, la clase dominante se ve en la necesidad de ofrecer ciertas concesiones a las masas e incluso de llevar a cabo, cuando la situación económica o política lo permita y reclame, medidas que afecten a la propia burguesía.

Lo que Strachey entiende como “transferencia del poder de una clase a otra”, no es más que la expresión de la *autonomía relativa* del estado. Como todos los niveles de la superestructura, el estado mantiene una independencia relativa respecto de la base económica.⁶⁴

represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países republicanos más libres”. V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1968, p. 39.

⁶⁴ En una carta de 1890 dirigida a Bloch, Engels señalaba la relación dialéctica *base económica-superestructura-base económica* y cerraba el paso a los ataques al marxismo que lo acusaban de mecanicista. Según la concepción materialista de la historia —decía— el elemento determinante de la historia es en *última instancia* la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el *único* determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc.— las formas jurídicas —y en consecuencia inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, filosóficas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su forma.

La autonomía relativa del estado es una autonomía *funcional* no de clase; tiene que ver con la necesidad del estado de actuar en términos de los intereses, no de burgueses u oligarcas particulares, sino de *la clase* en su conjunto. Esta autonomía es, por tanto, origen de desacuerdos y fricciones en el seno de la clase dominante, que *aparecen* muchas veces como contradicciones entre la burguesía y el estado.

Por otra parte, su concepto de democracia es una visión siglodieciochesca del problema, comprensible para gritarse en la Bastilla en 1789 pero totalmente inadecuada para explicar el sistema político del capitalismo actual. Strachey hace equivalentes los conceptos democracia y libertad. En realidad, cualquier tipo de democracia es la negación de la libertad e implica la dictadura: la democracia burguesa es la dictadura de la minoría sobre la mayoría; la democracia proletaria, dictadura de la mayoría sobre la minoría. La libertad sólo es posible en una sociedad comunista altamente desarrollada en la que las clases sociales hayan desaparecido.

Por lo común —decía Lenin— se considera que los conceptos ‘libertad’ y ‘democracia’ son idénticos y se les emplea con frecuencia el uno en lugar del otro. Con mucha frecuencia los marxistas vulgares [con Kautsky, Plejanov y Compañía al frente] razonan precisamente así: En realidad, la democracia excluye la libertad, la dialéctica [la marcha] del desarrollo es la siguiente: desde el absolutismo hacia la democracia burguesa, desde la democracia burguesa hacia la proletaria, desde la proletaria hacia ninguna.⁶⁵

Por amplio que sea el margen de acción que permita la democracia burguesa, la lucha de los trabajadores en los sindicatos, en las elecciones y en los parlamentos no puede conducir por sí misma gradualmente al socialismo. Como lo ha demostrado la experiencia de Chile, ninguna especificidad histórica ni tradición democrática pueden obviar el enfrentamiento violento entre la burguesía y el proletariado y la necesidad de sustituir la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. Al rechazar esta ley de la lucha de clases, Sir John Strachey pone en evidencia su inegable militancia revisionista y proporciona lineamientos teóricos invaluables, para la política refor-

Correspondencia completa de C. Marx-F. Engels. Tomo II. Editor Rojo. Bogotá, 1973. pp. 486-87.

⁶⁵ V. I. Lenin, *El marxismo y el estado*. Editorial Progreso, Moscú, p. 23.

mista de la socialdemocracia internacional, ahora emulada, por supuestas razones tácticas y gramaticales, por los partidos «eurocomunistas» de Francia, España e Italia.

SUMMARY: With the object of confronting a possible increase in the revolutionary struggle, international social-democracy is trying to win territory in Latin America. The author makes a critical evaluation of the theories of John Strachey, a prominent member of the British Labor Party with regard to contemporary capitalism and imperialism, whose positions form part of an important arsenal of social-democratic ideology which are also found in various capitalist states, developed and under-developed.

RESUMÉ: Pour faire face à une possible poussée de la lutte révolutionnaire, la social-démocratie internationale, essaye de gagner du terrain en Amérique Latine. L'auteur fait une évaluation critique des théories de John Strachey, membre éminent du Parti Travailleur anglais, au sujet du capitalisme contemporain et de l'imperialisme, prises de position que sont une importante part de l'arsenal idéologique de la social-démocratie et sont présentes aussi dans plusieurs états capitalistes développés et sous-développés.